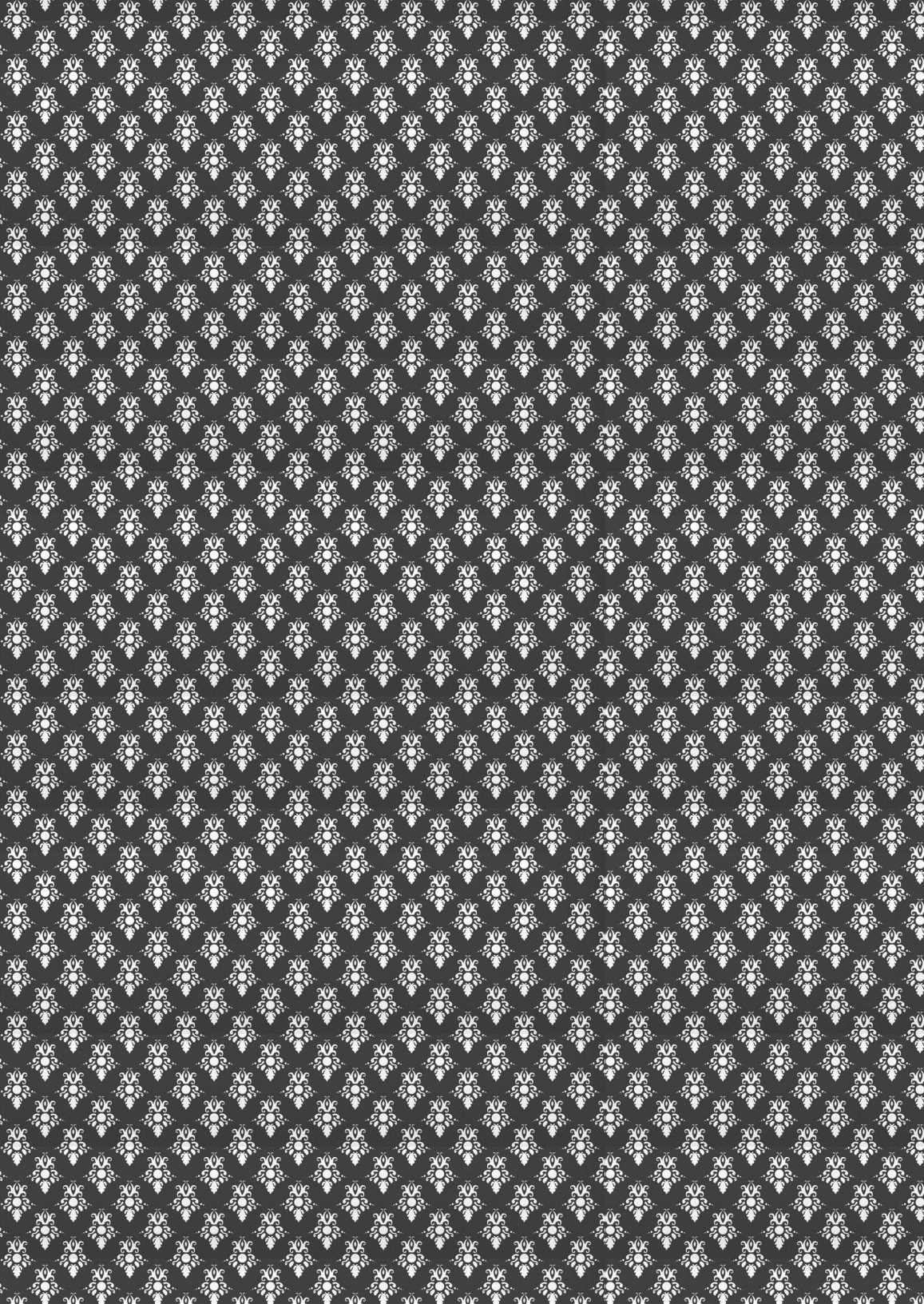
José Vicente Alfaro

La esperanza del Tíbet

Novela histórica

Capítulo 1º



La esperanza del Tíbet

José Vicente Alfaro

La esperanza del Tíbet

Círculo rojo – Novela
www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: abril 2013

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección *Novela*

© José Vicente Alfaro

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

Impresión: PUBLIDISA.

ISBN: 978-84-9030-932-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 295-2013

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Para ti, lector. Gracias por compartir esta aventura conmigo.

TÍBET HISTÓRICO

Introducción

Según la tradición tibetana, durante el siglo VII el rey Songtsen Gampo aunó los diferentes clanes salvajes y los feudos más remotos del Himalaya, haciendo al fin del Tíbet una nación unificada y tremendamente fuerte. Pero el mítico rey no solo trajo la paz y la creación de un idioma escrito propio, sino que además, y muy especialmente, introdujo por vez primera en la región el budismo procedente de la India.

Los sucesores de Songtsen Gampo continuaron su legado, y en los siglos subsiguientes se construyeron multitud de monasterios que favorecieron la difusión del camino del *dharma* a lo largo y ancho del llamado País de las Nieves, proceso que culminaría con la traducción del sánscrito al tibetano de la totalidad de los textos canónicos budistas. El culto alcanzó tal popularidad, que incluso las instituciones monásticas comenzaron a ganar poder en detrimento de las familias nobles que gobernaban.

La particular orografía del Tíbet, rodeado por inmensas cadenas montañosas, desiertos y pantanos de difícil acceso, lo protegía de forma natural contra las invasiones extranjeras hasta que, a principios del siglo XIII, el ejército del poderoso conquistador Gengis Kan se plantara ante sus fronteras.

En aquellas fechas, la superioridad territorial del imperio mongol lo convertía en el más extenso conocido por la historia de la huma-

nidad, abarcando desde Polonia hasta el mar del Japón, y desde los bosques de Siberia hasta el golfo Pérsico. En el año 1207 el Tíbet es conquistado sin derramar una sola gota de sangre, merced a un pacto según el cual los tibetanos debían pagar un tributo a los mongoles.

Sin embargo, tras la muerte de Gengis Kan en el año 1227, los gobernantes dejaron de satisfacer el tributo y, como consecuencia de ello, el príncipe Godan, nieto del Gran Kan, invadió el Tíbet en 1240, destruyendo y saqueando cuantos monasterios, pueblos y aldeas fue encontrando a su paso…

CAPÍTULO I

EQUINOCCIO

«Como una madre arriesgando su vida vigila y protege a su único hijo, así, como un espíritu sin límites, hemos de amar a toda cosa viviente, amar al mundo entero, encima, abajo, alrededor, sin límites, con una bondad benevolente e infinita.»

Suttanipata, 143-152

Al Karmapa se le apagaba la vida. Le había llegado la hora y él mismo, más que ninguna otra persona, era perfectamente consciente de ello.

Un puñado de velas arañaba algo de luz a la penumbra que bañaba la estancia, dejando entrever un hermoso fresco pintado en la pared dedicado a Avalokiteshvara, la divinidad budista más popular entre los tibetanos. El incienso quemado como símbolo de purificación arrojaba un aroma intenso y penetrante, e impregnaba hasta el último rincón de los amplios aposentos. El Karmapa yacía en su lecho de algodón, casi agonizante, con un *mala* en las manos y un mantra en la boca. El *mala* —el rosario budista— lo tenía enrollado en la muñeca y, al tiempo que pasaba las cuentas, recitaba el incansable mantra de su propia creación, el célebre «Om mani padme hum», sin apenas mover los labios.

El anciano líder budista aguardaba el momento de su expiración con una serena expresión en el rostro. Los ojos hundidos y las mejillas desvaídas se revelaban como los únicos signos de agotamiento de su cuerpo terrenal. El Karmapa había servido bien a su pueblo. La primera parte de su vida la había pasado recluido entre los muros del monasterio, formándose en las prácticas rituales y los oficios religiosos, aprendiendo los textos sagrados y meditando sin cesar. Pero

la segunda la empleó en predicar las enseñanzas de Buda por todo el Tíbet y fuera de este de manera indistinta, tanto a los nobles y gobernantes como a los pobres y los desheredados de la tierra. La muerte de aquel viejo lama no sería una más. La figura del Karmapa, como cabeza de la escuela Kagyu, una de las más importantes del budismo tibetano, era venerada por cientos de miles de seguidores a causa de su incontestable liderazgo espiritual.

Junto al Karmapa, acompañándole en el instante final, se encontraban dos lamas, ambos con el cráneo rapado y la tradicional túnica budista de color azafrán.

Uno de ellos, Tsultrim Trungpa, contemplaba el horizonte a través de la ventana, a cuyos pies se extendía el monasterio de Tsurpu. Este se hallaba enclavado en mitad de un estrecho valle a más de cuatro mil quinientos metros de altitud, junto a la población de Gurum y a unos sesenta kilómetros de Lhasa, circundado por altas cumbres nevadas de apariencia casi sobrenatural. El *gompa* de Tsurpu era la sede del Karmapa. Esta auténtica ciudad monástica era un complejo formado por templos, escuelas y residencias, donde convivían cerca de un millar de monjes tibetanos. Tsultrim aguzó la vista tanto como pudo. Aquella mañana el *gompa* se hallaba sepultado bajo una densa bruma blanca, augurio indiscutible de la inminente muerte del jefe espiritual del linaje Kagyu.

Tsultrim Trungpa era el abad del monasterio de Tsurpu. De constitución gruesa y ojos saltones como los de un gigantesco sapo, mostraba siempre un semblante preocupado y nervioso, consecuencia directa de la carga que le suponía administrar un *gompa* como aquel, la cual únicamente lograba aligerar cuando meditaba o se recogía en la oración. Los pensamientos del abad giraban en torno a la delicada situación política de la región. Los ataques de los mongoles hacía tiempo que habían cesado, pero las noticias que llegaban de más allá de las fronteras contaban que dos nietos de Gengis Kan, Kublai y su hermano Ariq Boke, habían iniciado una guerra de sucesión para hacerse con el título de Gran Kan, y los efectos que para el Tíbet

pudiera tener la victoria de cualquiera de los dos resultaban impredecibles.

El Karmapa interrumpió su interminable mantra para toser, y Tsultrim regresó de nuevo junto a su lecho. Allí se encontraba Kyentse Rinpoche, que no se había separado ni un solo instante del anciano desde que este anunciase su propia muerte varios días atrás, coincidiendo con el equinoccio de otoño. Kyentse era el principal discípulo del Karmapa; le había seguido durante los últimos quince años en todos sus viajes, empapándose de su sabiduría y absorbiendo sus enseñanzas. Con el tiempo, además de su discípulo más fiel, Kyentse se había convertido en su secretario y asistente personal, y en aquellos duros momentos una infinidad de recuerdos le rondaban por la cabeza. Kyentse se había ganado el título honorífico de Rinpoche por su reconocimiento como lama de gran estima y por su alto grado de realización. De facciones angulosas y cejas pobladas y muy juntas, el laureado monje gozaba realmente de una gran inteligencia y una inagotable reserva de energías. Kyentse Rinpoche se inclinó sobre su maestro y le preguntó si deseaba un sorbo de agua que le aclarase la garganta, pero el Karmapa negó con la cabeza y reanudó sus oraciones.

Tsultrim posó la mano en el hombro de Kyentse y después, tomándole del brazo, le condujo hasta la ventana. Tan solo pretendía separarle unos minutos del lecho del Karmapa y que despejase un poco la mente.

—Deberías descansar —dijo el abad—. Apenas has dormido unas horas en los últimos días.

—Ya habrá tiempo —replicó Kyentse con una débil sonrisa—. Cuando el Karmapa se haya marchado del todo.

La bruma se dispersó y permitió divisar los patios del *gompa* casi vacíos. Los monjes se hallaban congregados en los templos efectuando *pujas* de honra y adoración entre cánticos y reverencias.

En ese momento el Karmapa elevó un brazo con las escasas fuerzas que le restaban y captó la atención de ambos lamas. Kyentse y

Tsultrim acudieron de inmediato y se situaron uno a cada lado del camastro. La mirada del Karmapa se había tornado vidriosa, respiraba con dificultad y su espíritu pugnaba ya por abandonar definitivamente su cuerpo. Entonces aspiró una bocanada de aire con la intención de pronunciar sus últimas palabras. Kyentse aproximó su cara a la del maestro.

Finalmente, con la voz desgarrada y casi extinta, el Karmapa manifestó:

—Yo soy el que busca refugio en el refugio.

A continuación reanudó el mantra que se había transformado en apenas un sonido gutural prácticamente imperceptible —«Om mani padme hum»— y se sujetó el *ghau* que le caía sobre el pecho. El *ghau*, un colgante de plata con incrustaciones de pedrería, contenía una diminuta caja de oraciones que solía albergar el mantra predilecto de su poseedor. El Karmapa entonces aflojó la presión con que sostenía el *mala* en una mano y el *ghau* en la otra, y se le fue apagando la voz en la misma medida que lo hacía el brillo de su mirada. Instantes después, tras cerrar los ojos como si los párpados le pesaran una tonelada, el líder Kagyu exhalaba su último aliento.

Días más tarde se celebró el funeral con todo el boato y la pompa que la figura del Karmapa merecían. A orillas del monasterio se erigió una *estupa* en cuyo interior se guardaron las cenizas del difunto junto a otras reliquias y objetos consagrados. El tradicional monumento, considerado como el soporte simbólico del espíritu de los budas, sería circunvalado en el futuro por monjes y laicos, siempre en el sentido de las agujas del reloj, siguiendo el camino del sol, para impregnarse de su bendición y acumular mérito en el camino del *dharma*.

Tras el funeral se abría el particular sistema de sucesión para garantizar la continuidad del linaje, según el cual se hacía preciso que los discípulos más próximos al Karmapa identificasen a su nueva reencarnación. Para la gran mayoría de los tibetanos el renacimiento

era una certeza que afectaba a todos por igual y que no admitía discusión. Sin embargo, la reencarnación era un fenómeno diferente y mucho más singular, exclusivo de los grandes *bodhisattvas*, los cuales, debido a su elevado grado de desarrollo espiritual, podían elegir de forma consciente las circunstancias de su futura encarnación.

Todo ello significaba que algunos años después habría de aparecer un niño de características especiales, el Karmapa reencarnado, conocido por el nombre de *tulku*, que ocuparía el cargo vacante. De hecho, un comité de monjes sabios habría de ser designado para que, mediante el uso de su clarividencia, intuición, visiones y sueños, buscara señales concretas que les llevasen a localizar el lugar de nacimiento del *tulku*. Hasta entonces, los aposentos y pertenencias del Karmapa se preservarían intactos y en perfecto estado de conservación.

Kyentse Rinpoche y Tsultrim Trungpa mantuvieron una charla, en sus primeros compases amena y trivial, rememorando la compasión y la grandeza de espíritu del difunto Karmapa, muy querido por ambos, y en segundas tornas más grave y juiciosa, reconociendo la contrariedad que suponía para el Tíbet en particular y para el mundo budista en general, la ausencia de la cabeza visible de la escuela Kagyu. El conflicto con el imperio mongol requería de la concurrencia de todas las autoridades tibetanas, tanto políticas como religiosas, para procurar el mejor destino posible para su pueblo.

También conversaron acerca de las últimas palabras que pronunciara el Karmapa poco antes de morir. Ninguno atinaba a desentrañar su críptico significado. La expresión «tomar refugio» equivalía, en términos generales, a una suerte de bautizo, y hacía alusión al acto de convertirse al budismo. Pero la frase del Karmapa era tan breve como redundante, y resultaba igual de incomprensible para los dos.

—Cuanto antes encontremos al *tulku*, tanto mejor —declaró Kyentse.

—Confiemos —replicó Tsultrim—. Hasta ahora los presagios han sido favorables.

* * *

Seis años habían pasado desde la muerte del Karmapa, y en la vecina región de Kham, ubicada en el sudeste del Tíbet, una sencilla familia de campesinos escapaba del horror de los invasores. Pese a que oficialmente los saqueos mongoles habían cesado largo tiempo atrás, lo cierto era que algunos destacamentos destinados en las zonas más remotas del país, amparándose en la impunidad de que gozaban por su situación de aislamiento, hacían oídos sordos de cuando en cuando a las órdenes de los mandos superiores que se hallaban a miles de kilómetros de distancia y asaltaban, por pura diversión, las aldeas más apartadas y desprotegidas de su territorio.

La familia Norgay huyó con lo puesto dejando atrás toda una vida de durísimo trabajo. Urgidos por la situación, se vieron obligados a abandonar, en un abrir y cerrar de ojos, su hogar, su pedazo de tierra cultivable y los pocos animales que poseían. Las escasas pertenencias que lograron salvar las arrojaron en un carromato tirado por un yak y, sin echar la vista atrás, escaparon del lugar como alma que lleva el diablo.

Jampo Norgay, el cabeza de familia, había decidido poner rumbo a Batang, ciudad que los mongoles no atacarían y donde esperaba tener una oportunidad para volver a empezar de cero. Pero el largo viaje les estaba exigiendo un formidable esfuerzo: llevaban todo el día atravesando simas y desfiladeros por senderos pedregosos, mucho más peligrosos a causa de las copiosas nevadas que había traído la reciente irrupción del invierno.

Cruzaban las estrechas y sinuosas sendas de un puerto de montaña que rodeaba la cordillera. A sus espaldas habían dejado paisajes de ensueño, fácilmente visibles desde su privilegiada posición en las alturas. Las inmensas estepas se alternaban con cañones de rocas

rojizas y lagos salados en cuyas aguas se reflejaba el azul prístino de un cielo despojado de nubes. Las corrientes de los caudalosos ríos discurrían de forma embravecida y bañaban las orillas donde los bancales se nutrían para engendrar el cereal. En el Tíbet cohabitaban, bajo un mismo y despiadado sol, la aridez de los campos sembrados de piedras con el infinito caudal de tierras ricas en pastos.

La familia Norgay respondía a los tradicionales rasgos tibetanos: caras anchas, ojos rasgados y pómulos altos. Jampo, curtido en las desagradecidas tareas del laboreo, era robusto y vigoroso. Hombre de pocas palabras y parco en muestras de afecto, se desvivía en cambio por que en su hogar no faltase el sustento diario, aunque para ello tuviese que molerse el espinazo como una mula y robarle horas al sueño antes del amanecer.

Jampo caminaba junto al yak, palmeándole la joroba que le nacía sobre los hombros. Desde luego, sin la bestia, el único animal que habían podido salvar en su precipitada huida, les hubiera sido imposible acometer semejante travesía. Aquel yak macho le ayudaba con el arado y ahora le servía para tirar del carromato que transportaba a su familia. Poseía un pelaje generoso y tupido de color marrón que le protegía del frío, y cuernos largos y pezuñas grandes adaptadas a los terrenos montañosos. La bestia domesticada no se había quejado ni una sola vez, a pesar de que no habían efectuado ni una parada durante todo el recorrido.

—Malditos sean los mongoles —imprecó Jampo por lo bajo.

Acomodados en el carromato, junto a los bártulos, iban la mujer de Jampo y sus dos hijos pequeños. Dolma era delgada como un palo pero sorprendentemente fuerte, por cuanto se empleaba en las faenas del campo con la misma entrega y disciplina que su hacendoso marido. Con todo, Dolma no renunciaba a la coquetería, y rara era la ocasión en que no lucía algún que otro abalorio —una pulsera o unos pendientes de turquesa— rematado por su sempiterna raya en el centro del cabello y dos trenzas perfectas cayéndole a los lados. La audaz mujer no dejaba que su mirada trasluciera el miedo que

sentía por dentro, para que los dos niños no se apercibieran de la verdadera gravedad de la situación.

Thupten tenía seis años de edad y Chögyam, cinco. El hermano mayor se sentía inquieto: habituado a largas carreras y a no parar un segundo, la tediosa reclusión en el carro le fastidiaba y le aburría sobremanera. Thupten anticipaba las hechuras de un joven alto y desgarbado, siempre que la naturaleza no torciese por el camino lo que había tenido a bien conceder. Ya le sacaba una cabeza a su hermano y todo apuntaba a que superaría con creces la altura del tibetano medio. La hiperactividad de que hacía gala provocaba que hablara por los codos, y no eran pocas las veces en que sacaba de quicio a su padre a causa de sus interminables peroratas e incesantes preguntas. Su inocente sonrisa y las armoniosas facciones de su cara apenas lograban disimular sus antiestéticas orejas de soplillo.

En cambio, Chögyam era el polo opuesto a su hermano. Un niño increíblemente tranquilo, sensato y tan poco hablador como su padre, con un flequillo lacio que le caía sobre la frente y unos ojos enormes como dos faros que le alumbraban el rostro. Llamaba la atención que con tan solo cinco años exhibiese la misma calma que un anciano o la paciencia de cualquier persona adulta. Chögyam prefería observar la apertura de una flor, en solitario, antes que salir a jugar con otros niños a perseguirse entre los arbustos. También mostraba signos de una gran inteligencia, y a esas alturas ya era evidente que superaba a la de su hermano mayor. Dolma, incluso, albergaba en su fuero interno la convicción de que la vida le deparaba a su hijo pequeño un futuro diferente y mucho más prometedor del que por nacimiento le había correspondido.

Pese a que los dos hermanos no podían ser más diferentes, la realidad de los hechos demostraba que sabían entenderse y que existía entre ellos una gran complicidad.

—¿Cuándo volveremos a casa? —inquirió Thupten frunciendo el ceño.

Jampo volvió la cabeza y cruzó con Dolma una amarga mirada capaz de marchitar a una planta. Dolma guardó silencio y trató de esbozar una sonrisa mientras pensaba qué palabras elegir.

—No vamos a volver nunca —replicó Chögyam.

Jampo y Dolma se miraron de nuevo. Asustaba oír hablar a un niño de su edad con tanta entereza.

—¿Es verdad eso? —insistió Thupten, deseando más que nunca que su hermano menor estuviese equivocado.

—Ahora viviremos en un nuevo lugar —explicó Dolma—. Nos vamos a la ciudad. Esperamos ser tan felices allí como lo éramos en la aldea. O puede que incluso un poco más.

En el horizonte, los picos nevados tachonaban un cielo salpicado de nubes estacionarias en el que riscos y crestas de menor altura rasgaban un sudario de niebla gris.

Dolma se inclinó sobre una bolsa de tela para extraer algo de comida que les saciara el apetito y espantara las incertidumbres del viaje. Repartió algo de *tsampa* entre sus dos hijos y ella misma, si bien Jampo decidió declinar la oferta. El *tsampa* era el alimento básico del Tíbet, en esencia cebada tostada con la que se hacía una masa que se comía con los dedos y que aportaba una importante cantidad de grasas y proteínas. Comieron en silencio, acostumbrados ya al continuo traqueteo del carromato que se zarandeaba a uno y otro lado al compás de los baches del camino.

La unión entre Jampo y Dolma se produjo en el tramo final de su adolescencia. Fue un matrimonio concertado por sus propios padres, aunque a los dos les gustaba contar que con el transcurso del tiempo el amor había germinado entre ellos como la semilla que arraiga en la tierra. Dolma procedía de una aldea lejana; su dote no fue gran cosa, pero los progenitores de Jampo aceptaron y los de Dolma pudieron deshacerse de una boca más que alimentar. La aldea de Jampo se hallaba situada sobre las estribaciones de una montaña. El clima allí era cruel y el suelo tan árido que tan solo proporcionaba una cosecha de cereal al año, pero el trabajo duro siempre daba sus

frutos y al final siempre se las apañaban para subsistir. Durante ambos embarazos, Dolma prosiguió realizando sus labores en el campo hasta el mismo día del parto, incorporándose a la rutina de nuevo dos días después, tras un fugaz descanso. El matrimonio se sentía afortunado por haber concebido dos hijos varones, que resultaban mucho más eficaces que las féminas para las tareas de labranza y que hasta el momento habían logrado sobrevivir a una mortalidad infantil extremadamente elevada.

Puesto que las enseñanzas de Buda todavía no habían llegado a la aldea, las necesidades religiosas se cubrían con la celebración de ceremonias periódicas, siguiendo el calendario lunar, en las que en torno a un altar de piedra se efectuaban sacrificios animales en favor de la naturaleza y una serie de dioses ancestrales. Y en invierno, mientras se dejaba reposar la tierra, los aldeanos podían disfrutar por fin de su merecido descanso y de algo de tiempo para el asueto. La vida social aumentaba y normalmente casi todas las familias se reunían para comer a diario como si celebrasen algún tipo de festejo.

Sin embargo, ahora los mongoles se lo habían arrebatado todo.

—¡Mamá! ¡Una flor de loto! —exclamó Chögyam de repente quebrando el silencio.

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Dolma extrañada—. Pero si además no florecen en esta época del año.

—Allí. —Chögyam señaló la montaña que corría paralela al sendero por el que transitaban—. Aquella roca negra.

Dolma aguzó la vista y, tras unos segundos de indecisión, por fin comprendió la apreciación a la que había hecho referencia su hijo menor. Si uno se fijaba bien en una protuberante roca que sobresalía de la montaña, se podía adivinar la forma tosca de una flor de loto, con sus pétalos lanceolados y cóncavos ordenados en varios niveles, esculpida en el perfil de la propia piedra y los pliegues de su relieve.

—¡Es cierto! —admitió Dolma esgrimiendo una sonrisa.

Jampo le echó un ligero vistazo a aquella caprichosa forma de la naturaleza, pero no le prestó mayor atención y continuó caminando a la vera del yak.

—Yo no la veo, Chögyam —gimoteó Thupten—. ¿Dónde está?

Chögyam tiró del chaleco de piel de oveja de su hermano mayor para atraerle a su lado y que observase así la montaña desde su mismo ángulo. Thupten entrecerró los ojos y se devanó los sesos por distinguir la forma que sí podían ver los demás hasta que un minuto después, tras haberlo conseguido, se le iluminó la cara y lo festejó dando varios gritos de alegría.

—¡Es verdad! —clamó. Y el eco de sus palabras resonó en las profundidades del angosto valle.

Dolma felicitó a Chögyam por su aguzada vista y su febril imaginación. Los tres ya habían dado buena cuenta del *tsampa* y Dolma se preparaba para lo que se había convertido en todo un ritual a la hora del postre. Los niños no siempre podían disponer de un postre después de cada comida, ya que en sus condiciones, cualquier tipo de golosina podía considerarse un auténtico lujo. De manera que aquellas veces en que Dolma podía preparar un pastel, solía racionarlo en la medida de lo posible, y para ello se había inventado un juego. Dolma escondía la golosina en una de sus manos y cada uno de sus hijos, por turnos, tenía que adivinar en cuál: si acertaban, se comían el dulce en el acto, y si no, debían aguardar hasta la noche hasta después de la cena. Además, Dolma pensaba que de ese modo les estaba enseñando una valiosa lección a los niños: que en la vida no siempre podías tener en el momento todo aquello que deseabas. Lo que Dolma no se imaginaba era que hacía muy poco que Thupten y Chögyam se habían aliado para salirse siempre con la suya.

Aquel día disponía de algo de pastel de queso, denominado *tu*, hecho con mantequilla de yak, azúcar moreno y agua. El primer turno era para Thupten, de modo que este se situó en frente de su madre. Dolma, que había partido un trozo del pastel y lo había ocultado en uno de sus puños mientras mantenía las manos detrás de la

espalda, extendió los brazos por delante con los puños cerrados e instó a Thupten a que adivinase en cuál se hallaba el pastel. El secreto de los hermanos residía en que mientras tanto, Chögyam, que se había ubicado junto a su madre, había observado en qué mano escondía la golosina. Thupten entonces pasó los dedos por encima de la mano derecha de su madre, sin señalar todavía, y miró a Chögyam de reojo. No pasó nada. Seguidamente los desplazó hasta la mano izquierda y volvió a buscar la mirada de su hermano menor. En esta ocasión Chögyam le guiñó un ojo en un visto y no visto. La golosina se hallaba en la mano izquierda y Thupten la señaló con absoluta convicción. Dolma abrió la mano y allí se encontraba. Luego se repitió la operación con las tornas cambiadas, aunque Thupten, como no sabía guiñar, en su lugar parpadeaba para dar el correspondiente aviso.

Al final los dos hermanos se zamparon su porción de pastel, mientras Dolma comenzaba a recelar de la magnífica suerte de la que últimamente gozaban sus hijos.

Jampo, por su parte, estaba preocupado. Nunca había ido a Batang y hasta el momento se había dejado guiar por las indicaciones que le habían procurado los viajeros del camino. El problema radicaba en que hacía tiempo que no se tropezaban con nadie, salvo algunos cabreros que pastoreaban sus rebaños en la lejanía. Y para colmo, la última persona con la que se habían cruzado antes de internarse en el puerto de montaña, un nómada buen conocedor de aquellas tierras, les había alertado de que se avecinaba un fuerte temporal de nieve y de lluvia, y que más les valía buscar refugio hasta que pasara. Pero Jampo estaba tan ansioso por alcanzar Batang, sito a la vuelta de la colina, que hizo caso omiso de la advertencia.

El sendero comenzó a estrecharse hasta el punto de que admitía poco más que el ancho del carromato. A un lado, el precipicio: una pared de cincuenta metros de altura casi vertical, en cuyo fondo se desplegaba una arboleda de cedros gigantes perlados por el blanco de las primeras nieves. Al otro, la ladera de la montaña: una pen-

diente rocosa que ascendía en diagonal y que se cernía sobre ellos con la insolencia propia de la naturaleza más feroz.

Jampo separó el carro del borde del precipicio tanto como le fue posible, por cuanto un simple traspié podía hacerles caer al vacío.

—¿Cuánto falta para llegar? —inquirió Thupten con evidente cara de disgusto.

Jampo se mordió la lengua para no soltar sapos y culebras por la boca. Ya era la enésima vez que Thupten hacía la misma pregunta y se estaba empezando a hartar.

—Ya falta poco, hijo —murmuró Dolma—. Has de ser más paciente.

De pronto comenzó a soplar un viento racheado, las temperaturas descendieron de forma brusca y un frío helado se les fue metiendo en los huesos. Chögyam temblaba como un renacuajo pero no se quejó. Dolma rodeó con sus brazos a sus dos hijos pequeños para tratar de transmitirles calor e inyectarles algo de confianza.

Una intensa lluvia, preámbulo de la nevada predicha, irrumpió sobre la montaña completando un cuadro caótico cargado de peligro. Jampo conminó al yak a avanzar más despacio, procurando ralentizar al máximo la marcha del carromato. El aguacero les estaba empapando y Dolma no tenía nada con que cubrir a los niños. La lluvia repiqueteaba contra el suelo produciendo un ruido furioso que parecía envolverlo todo a su alrededor. El agua golpeaba violentamente la ladera, se deslizaba en riachuelos a través de los surcos y grietas de la pendiente y se precipitaba sobre el sendero. El viento comenzaba a azotarles cada vez con más fuerza.

Jampo intentaba calmar al yak con el fin de que enfilara el sendero con paso lento pero seguro. Él mismo trataba de serenarse para afrontar la situación con aplomo y todos sus sentidos alerta. Ya había percibido que los niños estaban muertos de miedo y que el semblante de Dolma tampoco pintaba mucho mejor. Sin embargo, hasta al propio Jampo se le acabó encogiendo el corazón en cuanto escuchó el sonido de un fuerte crujido procedente de la ladera de la montaña.

Una roca del tamaño de una cabeza se desprendió de la ladera y rodó pendiente abajo. La piedra se estrelló contra el sendero sin golpearles, rebotó en el suelo y cayó al vacío por el extremo opuesto.

Otras piedras imitaron el destino de la anterior.

Jampo reaccionó de inmediato para tratar de poner a salvo a su familia. Se acercó hasta donde estaban y apremió a Dolma a que bajase del carromato con los niños. Su voz se perdía entre el fragor de la lluvia y el aullido del viento; aun así, Dolma comprendió y depositó a los niños en el suelo. Jampo condujo a su mujer e hijos hasta la pared de la ladera, pues la única manera de protegerse de las piedras que caían consistía en pegarse al muro de roca tanto como les fuera posible.

Ahora las piedras les pasaban por encima en un incesante goteo. Por suerte no se trataba de una avalancha, un desastre que les hubiera condenado sin remedio.

Una piedra le pasó rozando al yak, momento en que Jampo decidió desengancharlo del carromato y traerlo a su lado como si fuese un miembro más de la familia. No le dio tiempo ni a intentarlo: un enorme pedrusco golpeó el carromato, empujándolo hacia el abismo y arrastrando a su vez a la bestia consigo. El yak sintió que la carreta tiraba de él y trató de aferrar sus pezuñas al suelo, pero la superficie estaba tan resbaladiza que el animal patinó y cayó de costado, deslizándose poco a poco hacia el precipicio arrastrado por el carro. En ese instante Jampo actuó dejándose llevar más por el instinto que por la razón. Pensó que aún podía salvar al animal si lograba sujetarlo mientras Dolma lo desenganchaba y dejaban caer solamente el carromato. El plan era tremendamente arriesgado.

Jampo dio unos pasos y se lanzó sobre el yak, agarrándolo por los cuernos.

—¡No, Jampo! —gritó Dolma sumida en la desesperación—. ¡Deja que se caiga!

La carreta ya colgaba por el precipicio y el yak también estaba a punto de despeñarse. Jampo se dio cuenta de que no podía con el

peso de ambos. El pobre animal mugía angustiado y sus ojos reflejaban el terror del momento. Jampo lo sintió en lo más hondo de su corazón, pero al final se vio forzado a soltarlo. El yak se deslizó los últimos metros hasta que acabó precipitándose al vacío.

Thupten y Chögyam contemplaban la escena totalmente sobrecogidos. El agua les había calado de arriba abajo pero aquel parecía ser el menor de sus problemas.

—¡Vuelve! —chilló Dolma haciéndose oír bajo el rugido de la tormenta.

Jampo, situado al borde del precipicio, había observado despeñarse todo cuanto había podido salvar antes de que se produjese el ataque de los mongoles. Ahora ya podía decir que no le quedaba nada salvo su orgullo y el calor de su familia. Tal era su consternación, que durante unos segundos pareció ignorar las piedras de múltiples tamaños que volaban en torno suyo.

—¡Date prisa, Jampo! —insistió Dolma—. ¡Vuelve junto a nosotros!

Jampo reaccionó al fin, se dio la vuelta y para cuando quiso darse cuenta, una piedra se abatió directamente sobre él. No pudo esquivarla. La piedra no era grande, pero le golpeó en pleno pecho con la suficiente fuerza como para desestabilizarlo. Jampo comenzó a balancear los brazos para recuperar el equilibrio, porque sabía que, de no hacerlo, seguiría al yak y al carromato en su camino.

Dolma corrió rauda a través de la cortina de lluvia para rescatar a su marido. Extendió el brazo y trató de coger su mano, pero tan solo alcanzó a rozarle con la punta de los dedos. Un centímetro más hubiera bastado para salvarle. Jampo perdió definitivamente el equilibrio y supo al instante que se dirigía hacia su muerte. Justo antes de caer por el barranco, Dolma leyó la incredulidad en la mirada de su marido, así como una sombra de culpa por no haber sido capaz de proteger a su familia.

Dolma emitió un grito desgarrador y clavó las rodillas en tierra, los puños cerrados por delante de su cuerpo. Lágrimas de dolor,

mezcladas con gotas de lluvia, regaron sus mejillas y le humedecieron lo más profundo de su alma. Thupten y Chögyam lloraban y gimoteaban espantados por la terrible tragedia de la que acababan de ser testigos. Dolma no tardó en percatarse de que aquel no era el lugar más apropiado para abandonarse a las lamentaciones. Debía volver junto a sus hijos cuanto antes. Se incorporó enseguida y se dirigió de nuevo a la pared de la ladera.

No había dado tres pasos cuando, a mitad de trayecto, se vio sorprendida por una ráfaga de viento que más bien parecía un vendaval. La corriente la asaltó con tal violencia que la elevó en el aire y luego la soltó como si fuese un muñeco de trapo.

En parte Dolma tuvo suerte porque, aunque cayó a plomo contra el suelo en medio del sendero, el viento bien podía haberla arrojado directamente al fondo del precipicio. La cuota de mala suerte, sin embargo, también se vio complacida por cuanto el golpe la hizo perder el conocimiento.

—¡Mamá! —gritó Thupten—. ¡Levántate!

Los niños repararon en que su madre no se movía, ni parecía que estuviese en condiciones de hacerlo. Además, y lo que era peor todavía, el terrible viento la iba empujando poco a poco, haciéndola rodar por el suelo y acercándola cada vez más al borde del barranco. Por muy asustados que estuviesen, Thupten y Chögyam sabían que si no hacían nada por evitarlo, a Dolma le aguardaba el mismo destino que su padre acababa de sufrir.

Los dos hermanos se miraron y, sin decir palabra, se cogieron de la mano y abandonaron la pared de la montaña que les había protegido hasta el momento de las piedras y el vendaval. A la intemperie, el panorama se recrudeció notablemente. La lluvia les azotaba con fuerza y la intensidad de la ventisca les hacía tambalearse, viéndose obligados a apoyarse el uno en el otro para mantener el equilibrio. Les costaba un mundo avanzar y cada paso que daban suponía una conquista de proporciones épicas, mientras atinaban a escuchar el silbido de las piedras al desprenderse de la pared de roca y que de cuando en cuando les pasaban muy de cerca.

El cuerpo de Dolma estaba a punto de caer, pero los niños ya casi la habían alcanzado. Thupten, por tratarse del hermano mayor, soltó la mano de Chögyam, dio un paso más y se estiró para asir a su madre por la tela del vestido. Tenía los dientes apretados y le tiritaba todo el cuerpo. Entonces, una nueva y poderosa corriente de aire, en forma de remolino, volvió a causar estragos a todos los niveles. Dolma salió lanzada hacia el abismo como si fuese un ángel dormido que descendiese a los infiernos, empujada por los vientos huracanados. Al mismo tiempo, el propio Thupten fue impulsado hacia el barranco, aunque en el último momento consiguió agarrarse al borde. El pequeño de seis años de edad se quedó colgando en el vacío, sabiendo que sus manos le sostendrían apenas unos pocos segundos.

Pese a que Chögyam acababa de presenciar la muerte de su madre, no perdió los nervios: Thupten precisaba de su ayuda y él aún podría salvarle. Gateando bajo la lluvia, Chögyam llegó hasta su hermano, e incluso logró asirle del brazo… pero enseguida se dio cuenta de que de ninguna manera poseía la suficiente fuerza para izarlo. Los dos hermanos se miraron por última vez, hasta que Thupten no dio más de sí y sus manos ya no pudieron sostenerle por más tiempo.

Thupten inició su caída al vacío, cuando de repente una corriente de aire similar a la anterior les envolvió de nuevo en su regazo y puso el escenario del revés, intercambiando en el último instante a los dos hermanos de sitio. El caprichoso vendaval, como si fuese una mano invisible, elevó a Thupten en el aire y lo depositó de nuevo en tierra, al tiempo que alzaba a Chögyam y lo arrojaba por el precipicio.

En ese momento la tormenta cesó. Los vientos se acallaron, la lluvia desapareció y, en consecuencia, las piedras dejaron de desprenderse de la ladera de la montaña y de despeñarse sobre el sendero. Thupten, asomado al precipicio, contempló la hondonada boscosa que se aparecía al fondo y que se había convertido en improvisado cementerio de toda su familia. Los ojos se le inundaron

de lágrimas mientras el cielo rompía a llorar a su manera espolvoreando la montaña de copos de nieve.

Lo que Thupten ignoraba era que, a diferencia de sus padres, Chögyam había logrado salvarse de forma milagrosa. Las flexibles hojas de un cedro gigante habían frenado la caída de su hermano pequeño, y el colchón de nieve que revestía el fondo del valle la había amortiguado por completo. Chögyam había perdido el conocimiento, pero aún seguía con vida.

Por el momento.